

Cita militar en Varsovia

HIGINIO POLO :: 26/10/2016

EEUU, que añora la débil Rusia de Yeltsin, no ha podido encajar que no está ya en condiciones de dictar su política a Moscú ni a Pekín

La reciente Cumbre de la OTAN en Varsovia ha hecho oficial el nuevo rumbo decidido por la alianza militar occidental, inmersa en una carrera que tiene la vista puesta en las fronteras rusas, y que se enmarca en el nuevo diseño de la política exterior norteamericana que centra sus esfuerzos en la contención de Rusia y China, reordenando su despliegue militar, aumentando sus presupuestos, y definiendo los pasos a seguir tanto en Europa como en Asia. Pese a su importancia, y a la gravedad del sufrimiento que las guerras causan a la población, Oriente Medio y el norte de África son para Washington escenarios secundarios, y su atención preferente está en el Este de Europa, en Asia central, en el Mar de China meridional, y en las aguas coreanas y niponas que se encuentran frente a China.

En mayo de 1997, Javier Solana (entonces, secretario general de la OTAN) y Yevgueni Primakov, ministro de asuntos exteriores ruso, firmaron en París la llamada *Acta Fundacional*, que convertía en “socios” a los antiguos enemigos, Washington y Moscú, un documento firmado bajo el complaciente Yeltsin en un momento de gran debilidad de Rusia. Yeltsin (un presidente alcohólico y dependiente de EEUU, que había cerrado los ojos ante la evidencia del fraude electoral que había protagonizado el año anterior, 1996, robando la victoria al candidato del Partido Comunista, Guennadi Ziugánov) y cuya política exterior apenas tenía en cuenta los intereses nacionales rusos, obsesionado como estaba por completar el desmantelamiento y la destrucción de las estructuras políticas soviéticas, terminó aceptando la ampliación de la OTAN con tres nuevos miembros, aunque el equipo negociador ruso de Primakov arrancó contrapartidas. El propio Solana destacó entonces que el Acta establecía “el compromiso futuro de que en ningún caso habría una elevación del tope máximo de armas convencionales en Europa, y especialmente en su región central, la más problemática”: aludía a Polonia, Chequia y Hungría, y remachaba que “la Alianza no utilizará, remozadas, las viejas instalaciones nucleares del Pacto de Varsovia”. Además, en el territorio de los posibles nuevos miembros de la OTAN (se pensaba, entonces, exclusivamente, en Hungría, Polonia y República Checa) no se instalarían tropas extranjeras de forma permanente.

La hipocresía occidental se puso de manifiesto con rapidez: la intervención de la OTAN en Kosovo en marzo de 1999, sin mandato de la ONU, bombardeando a Serbia, aliada de Rusia, demostró que la preocupación de Washington y Bruselas no era el mantenimiento de la paz en Europa y la salvaguarda de los equilibrios militares estratégicos, junto al respeto de los intereses de Rusia, sino la progresiva incorporación de territorios y áreas de influencia, cuya conquista tenía como la consecuencia inmediata del retroceso ruso. La guerra de agresión de Kosovo, suspendió la aplicación del *Acta Fundacional*: Rusia dejó de asistir a las reuniones del Consejo Conjunto Permanente (CCP) que establecía el acta. La llegada a la presidencia de Putin, y el giro de la política de defensa rusa tras el aviso lanzado en la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2007, donde el presidente ruso denunció ante el

mundo la agresiva política exterior norteamericana, que había incumplido todos sus compromisos anteriores y acercaba paulatinamente sus dispositivo militar hacia las fronteras rusas, cambió los términos de las discusiones entre Washington y Moscú. Mientras tanto, Washington había forzado la incorporación a la OTAN de siete nuevos países en 2004 (Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, y las tres ex repúblicas soviéticas de Estonia, Letonia y Lituania), y, en 2009, dos años después de la advertencia de Putin en Múnich, incorporó a Croacia y Albania, además de crear la mayor base militar norteamericana del mundo, fuera de sus fronteras, en Kosovo, *Camp Bondsteel*. La desenfrenada carrera expansionista de Washington y la OTAN eran evidentes, aunque se vistiesen para la ocasión de “decisiones libres” de los gobiernos afectados.

En 2014, aprovechando la crisis ucraniana, algunos gobiernos de Europa del Este impugnaron abiertamente el acuerdo de París de 1997. Esa postura, que fue avalada por Obama, quien se mostró dispuesto a cambiar unilateralmente el contenido del Acta con el argumento de que “las circunstancias han cambiado con claridad” desde su firma, fue el anuncio de un peligroso intento de romper los equilibrios estratégicos en Europa, que recibió el aviso de Serguéi Lavrov, ministro de exteriores ruso, recordando que sólo “los firmantes del acuerdo” podían modificar, conjuntamente, su contenido, pactando de común acuerdo los cambios. Ni Obama, ni Occidente, se dieron por aludidos. En noviembre de 2015, Polonia, a través de su ministro de Exteriores, Witold Waszczykowski, volvió a insistir, declarando que su país quería invalidar el *Acta Fundacional* de 1997. En enero de 2016, Alexander Vershbow, secretario general adjunto de la OTAN, volvió a insistir en que Rusia “se equivoca”, y que la OTAN ni Occidente nunca dijeron que renunciaban a ampliarse hacia el Este. En realidad, como era evidente, se había ampliado, también, en el sur, en la antigua Yugoslavia. Pero los portavoces occidentales no desdeñan recurrir a la mentira. Washington especula ahora, incluso, con la hipotética incorporación de Suecia y Finlandia, que completaría el cerco a Rusia.

A la vista de esa realidad, Serguéi Lavrov recordó también que el *Acta de París* establece que no podrían acantonarse tropas extranjeras de manera permanente en los países del antiguo Pacto de Varsovia. Sin embargo, para eludir esa prohibición, en un consumado juego de tahúres, Washington y la OTAN argumentan ahora que el anunciado despliegue de los nuevos batallones en el Este de Europa será “rotatorio”, y no permanente; es decir, Bruselas finge que cambiando (sin que precisen cuándo) la nacionalidad de los soldados acantonados, la base militar no es permanente. Es obvio que el despliegue de la OTAN hasta las fronteras rusas viola los acuerdos del *Acta Fundacional* de París, pero la *cumbre* de Varsovia de la OTAN de julio de 2016 estaba ideada para aprobar la nueva y peligrosa expansión de las fuerzas occidentales hacia el Este.

Días antes de la reunión en Varsovia de la OTAN, Alexander Vershbow declaró en la capital polaca que la alianza militar occidental tiene ante sí “un enfrentamiento estratégico a largo plazo con Rusia”. “Sandy” Vershbow sabía de qué hablaba: es un experimentado diplomático, antiguo embajador en Seúl y en Moscú, experto en asuntos rusos y partidario de reforzar el dispositivo militar norteamericano en Asia y en Europa. Según él, la OTAN respondió con rapidez en la *cumbre* de Gales (en septiembre de 2014) al “expansionismo ruso” pero no fue consciente de la trascendencia de los acuerdos. Menos cauto, Ashton Carter, secretario de Defensa norteamericano, admitió el giro de la política de su país, al

apostar por la “contención de Rusia” después de veinticinco años: aludía a 1991, año de la desaparición de la Unión Soviética, y momento en que, sobre el papel, Washington y Moscú habían abandonado su enfrentamiento estratégico. Por su parte, Kerry, secretario de estado norteamericano, viajó a Georgia y Ucrania antes de acudir a Varsovia. Tenía una precisa misión: Washington pretende incorporar a Ucrania, a medio plazo, a la OTAN, objetivo que encuentra dificultades: el propio Poroshenko, presidente del país gracias al golpe de Estado auspiciado por EEUU, reconoció en Varsovia (a donde acudió pese a que su país no es miembro de la alianza militar) que apenas el 23 % de la población ucraniana apoya la entrada en la alianza militar, aunque resaltó que, anteriormente, era apenas el 13%. La presión de la prensa y la televisión, y el estímulo de los sentimientos nacionalistas en Ucrania, han conseguido algunos cambios.

La *cumbre* de Varsovia del 8 y 9 de julio ha decidido continuar por ese camino, aprobando la creación de cuatro nuevos batallones militares que se instalarán en Polonia y en los países bálticos, y la puesta en marcha definitiva del *escudo antimisiles*, acompañado de un duro lenguaje hacia Rusia, y del patrullaje de barcos de la OTAN en el mar Báltico y en el Mar Negro, siempre cerca de las costas rusas. Algunos diputados rusos calificaron la reunión de Varsovia como la “cumbre del fraude” porque, según ellos, responde a una “amenaza rusa” que no existe. Fuera de la competencia de la OTAN, pero íntimamente ligado a la estrategia norteamericana, continúa el desarrollo del *escudo antimisiles* en Corea del Sur y Japón, que tanto Moscú como Pekín han denunciado, y que llevó a Xi Jinping a hacer una dura advertencia a EEUU en su discurso de conmemoración del 95º aniversario de fundación del Partido Comunista Chino, una semana antes de la cita de la OTAN en Varsovia. Moscú estudia su respuesta, y está evaluando la creación de una base naval en la isla de Matua, en el archipiélago de las Kuriles, además de otras infraestructuras en la isla de Sajalín.

En Varsovia, la alianza occidental abordó, sustancialmente, la crisis en Ucrania, y, secundariamente, Oriente Medio; sobre todo, para simular ante la opinión pública que la OTAN no trabaja sólo para acosar a Rusia. En la *cumbre* de Gales de 2014, los países de la alianza decidieron suspender la cooperación con Moscú (incluso el Consejo OTAN-Rusia, creado en 2002) y reforzar el dispositivo militar de la OTAN cerca de las fronteras rusas. La cita abordó desde el terrorismo a la situación en Oriente Medio y África, con los millones de refugiados que huyen de la guerra, aunque la relación con Moscú era, sin duda, la cuestión principal a debatir.

Además, se examinó la relación con Ucrania, Moldavia y Georgia, y Kiev consiguió un “paquete de ayuda” para *ciberdefensa* y sostén de la retaguardia en la guerra en el Este del país. Además, se decidió prolongar la misión de la OTAN en Afganistán (aunque cae fuera de su área de actuación), al menos hasta 2020, aunque, sobre el papel, la OTAN había declarado terminada su misión en 2014. La decisión posterior de aprobar una primera prórroga de esa misión hasta 2016, denominada *Apoyo decisivo*, se prolonga ahora. Es la guerra sin fin. Por su parte, el secretario general Jens Stoltenberg anunció que el plan previsto por la OTAN en Varsovia “contempla el mayor aumento en las capacidades defensivas de la alianza atlántica”, aunque consideró todavía “insuficiente” el esfuerzo militar aliado. El eufemismo no engañaba a nadie: la OTAN se lanza hacia el rearme, y este año aumentará su gasto militar en ocho mil millones de dólares, alcanzado así los 270.000 millones: la cita de Varsovia no era una reunión de los ministros de Defensa o de los

embajadores, sino una “*cumbre*”, la escenificación de las grandes decisiones de la OTAN.

El *escudo antimisiles* norteamericano tiene sus componentes instalados en España, Polonia y Rumanía. Desde el mes de mayo, además de los cuatro buques anclados en la base naval de Rota, entró en funcionamiento el sistema antimisiles *Aegis Ashore* en Deveselu, Rumanía, que será completado con comandos de radar en Turquía y otras instalaciones en Polonia. Los estrategas rusos han hecho notar que los lanzadores del sistema antimisiles pueden servir para el propósito oficial, lanzar misiles antimisiles ante un hipotético ataque, pero también para lanzar misiles de crucero cargados con ojivas nucleares, lo que añade gravedad al paso dado por la OTAN. En Rumania se instalará también un “cuartel general multinacional”, que viola igualmente el *Acta de París* de 1997. Ese cuartel, fue propuesto por el gobierno de Bucarest, pero a nadie se le escapa que, tras él, se encuentra la inspiración del Pentágono. España participará en los cuatro nuevos batallones que se desplegarán en el Este de Europa, enviando soldados a Lituania. Stoltenberg precisó que el “componente nuclear” es una parte esencial de la estrategia de la OTAN, de manera que, en su mirada al Este, la alianza occidental basa su política en los ejércitos convencionales, en el armamento atómico y en el *escudo antimisiles*.

Los acuerdos de la Cumbre suponen el mayor reforzamiento de la OTAN desde el final de la *guerra fría*, y la cita se cerró con una declaración, destinada a la opinión pública, anunciando la disposición de la OTAN para “discutir el programa de defensa antimisiles” con Moscú, dentro de la declarada estrategia de “fuerza y diálogo” con Rusia. Pero el doble lenguaje crea equívocos y dificultades: Hollande declaró que “Rusia no es el enemigo” y que la OTAN no tiene una postura agresiva, afirmación que contrastaba vivamente con las decisiones militares de la *cumbre* de Varsovia. Alemania, según manifestó Merkel, apoya el despliegue en los países bálticos y Polonia, pero insta a negociar con Moscú. Las palabras del ministro alemán de Asuntos Exteriores, Frank-Walter Steinmeier, que se había mostrado crítico con los ejercicios militares cerca de las fronteras rusas y había reclamado dialogar con Moscú, no han encontrado audiencia: pese a algunas reticencias mostradas por gobiernos europeos, a la hora de la verdad, todos han aceptado las decisiones de Washington.

El mecanismo utilizado para llegar hasta aquí es singular: los agresivos gobiernos de Europa del Este, con posiciones similares a la extrema derecha, exigen mano dura contra Moscú, al tiempo que Washington estimula sus temores, de manera que esa *autosimulación* del peligro permite al gobierno norteamericano argumentar ante la opinión pública que el nuevo despliegue de la OTAN está destinado a “calmar los temores de los países del Este”, que, además, “reclaman bases aliadas en sus territorios”. Países, por otra parte, cuyos gobiernos en algún caso, como Ucrania, han sido directamente designados por EEUU tras el golpe de Estado y las decisiones de su diplomacia. Victoria ['fuck Europe'] Nuland, del Departamento de Estado norteamericano, tiene mucho que ver con la designación de Poroshenko. En otros casos, como en los países bálticos y Polonia, la influencia norteamericana es determinante. Los papeles se reparten con precisión entre los socios: en junio de 2016, y el ministro de exteriores turco, Mevlüt Cavusoglu, achacaba a la “actitud agresiva de Rusia” la necesidad de “ampliar el escudo antimisiles”, que reclamaba junto con sus colegas rumano y polaco, todos miembros de la OTAN. Hay que tener en cuenta que existen planes de la OTAN para crear una *Flota del Mar Negro* con fuerzas de Rumanía,

Turquía y Bulgaria y supervisión norteamericana, aunque el gobierno de Sofía mantiene reticencias al proyecto. A destacar que los buques estacionados en la base norteamericana de Rota, en España, han sido también utilizados para misiones de patrullaje en el Mar Negro, causando incluso incidentes como en junio de 2015 cuando el *USS Roos* navegaba a poca distancia de Crimea, lo que obligó a un caza ruso *Su-24* a realizar un sobrevuelo de advertencia.

La visita de Kerry a Ucrania en vísperas de la cumbre de Varsovia, consiguió el apoyo de Kiev a la creación de esa *Flota del Mar Negro*. Significativamente, Poroshenko acudió a Varsovia, aunque su país no forme parte de la alianza, y en la víspera del inicio de la *cumbre*, publicaba un artículo en *The Wall Street Journal* donde se declaraba dispuesto a “enseñar a la OTAN cómo combatir a Rusia”. Obama y el gobierno polaco utilizaron un lenguaje similar, calificando como “una de las más graves amenazas a la OTAN” la política de Moscú hacia Ucrania. Ambos, obviaron el apoyo y entrenamiento a mercenarios en Polonia, que actuaron en las semanas previas al golpe de Estado en Ucrania. A su vez, Witold Waszczykowski, el extremista ministro de exteriores polaco, calificó de “imperialista” a Rusia. Andrzej Duda, el presidente polaco, que se felicitó por la posible incorporación de Montenegro a la OTAN, afirmó el apoyo de su país al despliegue de nuevas fuerzas de la OTAN y la futura integración (“profundización de relaciones”) de Moldavia, Georgia y Ucrania.

Todo ello, va acompañado de frecuentes campañas propagandísticas que preparan a la opinión pública. Así, por ejemplo, a finales de septiembre de 2014, el *Financial Times* (con fuentes del gobierno norteamericano) alertaba de que ese año en Letonia se habían producido ciento cincuenta incidentes con aviones militares rusos, y que la aviación de Moscú había violado el espacio aéreo de Estonia en varias ocasiones. El mismo año, se activaron las alarmas en el Báltico por la supuesta presencia de un submarino ruso en las costas suecas, asunto que durante meses preocupó a la opinión pública, hasta que se abandonó la búsqueda del submarino; en 2015, se admitió que había sido una falsa alarma, aunque se omitieron las explicaciones oficiales. El incidente fue convenientemente utilizado por las cancillerías de la OTAN.

Tras la cumbre de Varsovia, los dirigentes de la OTAN y el gobierno norteamericano han vuelto a insistir en que el despliegue “no busca el enfrentamiento con Rusia”, sino que es estrictamente “defensivo y disuasorio”, pero puede imaginarse qué pensarían los responsables del Pentágono si Moscú decidiese, de acuerdo con La Habana, desplegar tropas y armamento cerca de las fronteras norteamericanas. La OTAN es el único bloque militar existente, y aunque declara que su misión es mantener la paz y defender a los países miembros, ha incendiado Oriente Medio, que está fuera de los límites de su tratado fundacional, y sus ataques en Yugoslavia o Libia son difíciles de entender como “operaciones defensivas” o de “mantenimiento de la paz”. Porque la OTAN no es una organización defensiva: como puso de manifiesto Daniele Ganser en su investigación, la alianza ha organizado actos terroristas, y su lógica es la imposición y la guerra. No es extraño que el general Leonardo Tricarico, que fue jefe de la Aeronáutica italiana y responsable de la Fuerza Aérea de la OTAN durante la guerra de Kosovo, mantenga que EEUU estimula el temor a Rusia entre las ex repúblicas soviéticas para justificar el rearme, y que considere absurdo que la alianza occidental tuviera que reaccionar ante la situación

en Ucrania “dado que ni ese país ni Rusia forman parte de la OTAN”.

En la primera reunión del Consejo Rusia-OTAN, después de la *cumbre* de Varsovia, el gobierno ruso, a través de su representante permanente en Bruselas, Alexandr Grushkó, ha exigido que la OTAN suspenda su rearme en el Este de Europa y el desarrollo del *escudo antimisiles*, que considera una agresión y desestabiliza la seguridad colectiva. Putin afirmó en el parlamento ruso que la creciente agresividad de la OTAN y el acercamiento militar a las fronteras rusas fuerza a su país a tomar decisiones.

Václav Havel, que recorrió el camino desde una supuesta “disidencia democrática” hasta una agresiva militancia pro norteamericana, dijo que “OTAN significa solidaridad”, y que su acción “protege la cultura y la civilización”, aunque se abstuvo, hasta el final de su vida, de emitir la menor crítica ante la evidencia de las matanzas protagonizadas por la alianza occidental en Yugoslavia, Kosovo o Libia, todas realizadas violando la legalidad internacional y sin tener mandato de la ONU. La OTAN fía su estrategia a los hechos consumados, con el asentimiento de los gobiernos aliados, procurando no alarmar a la opinión pública con una cautelosa política informativa que busca sacar del primer plano de la actualidad la evidencia de la progresiva militarización y la confirmación de que las decisiones de Varsovia suponen el mayor rearme desde el final de la *guerra fría*. La cita militar de Varsovia inaugura peligrosos tiempos nuevos: EEUU, que añora la débil Rusia de Yeltsin, no ha podido encajar que no está ya en condiciones de dictar su política a Moscú ni a Pekín, y se lanza a una oscura travesía para diseñar el futuro con ojos y manos militares.

Acta Fundacional OTAN-Rusia: Revista de la OTAN, nº 4, julio-agosto 1997. Puede consultarse en www.nato.int

El Viejo Topo

<https://www.lahaine.org/mundo.php/cita-militar-en-varsovia>